

ARLIE RUSSELL HOCHSCHILD, *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*, Katz Editores, Madrid, 2008. 386 páginas.

Este libro reúne diecisiete ensayos publicados por Arlie Russell Hochschild entre 1974 y 2003. Aunque se presenta como un trabajo inconcluso “en su centro está la idea de que el amor y el cuidado, los verdaderos cimientos de cualquier vida social, hoy suscitan gran desconcierto en los Estados Unidos” (p. 11). Es, pues, una invitación a reflexionar sobre los factores culturales, económicos y políticos que influyen hoy en el destino del amor y el cuidado en las sociedades occidentales avanzadas.

Esta profesora de Berkeley, importante referente para la sociología de las emociones, reivindica estudiar el vínculo entre el sentimiento, la emoción y patrones sociales más abarcadores frente a una cultura académica racionalista que entiende la emoción menos como objeto de estudio y más como impedimento para actuar y percibir el mundo¹. Nutriéndose principalmente de ideas de Erving Goffman y Sigmund Freud, Hochschild se interesa por la capacidad humana de configurar los sentimientos y reflexionar sobre ellos. Más allá de un *yo consciente* (cognitivo) o un *yo inconsciente* (emocional), es posible trabajar con un *yo sensible*, capaz de distinguir estados emocionales y definirlos con un vocabulario específico. La sociología de las emociones explora los sentimientos conscien-

tes, a la vez que emotivos, que adquieren su significado en un contexto espacio-temporal específico. La emoción, esto es, “la conciencia de la cooperación corporal con una idea, un pensamiento o una actitud, y...la etiqueta adosada a esa conciencia” (p. 111), emerge en contextos concretos que definen qué sentimos, cómo lo expresamos y hacia quién dirigimos el sentimiento.

¿Por qué debemos atender al sentimiento y la emoción? Según Hochschild, por su carácter social. No sólo existen reglas del sentimiento compartidas que indican formas adecuadas de sentir, sino también reglas de encuadre que definen la situación del sentimiento. En ese contexto:

Los grupos sociales en general, luchan por afirmar la legitimidad de sus reglas de encuadre y sus reglas del sentimiento. No sólo la evocación de las emociones, sino también las reglas que las gobiernan, devienen objetos de la lucha política (p. 149)².

En ocasiones, el malestar social surge cuando los sentimientos salen de sus encuadres convencionales y no se terminan de ajustar a encuadres nuevos.

Si procuramos acercar la sociología a la realidad cerrando un ojo para no ver los

¹ La segunda parte del libro, titulada “Un yo imbuido de sentimientos”, incluye algunos apuntes teórico-metodológicos, especialmente en los ensayos “La capacidad de sentir” y “La elaboración del sentimiento”.

² El movimiento feminista es un claro ejemplo, ya que trajo aparejadas un conjunto de reglas nuevas para encuadrar la vida de mujeres y hombres y ha conllevado implicaciones para el sentimiento.

sentimientos, el resultado será muy pobre. Necesitamos abrir ese ojo y reflexionar acerca de lo que vemos (p. 112).

Es el resultado de esta reflexión lo que se expondrá, haciendo referencia a las principales tendencias que, a juicio de la autora, permean actualmente la cultura emocional, familiar, laboral y política de la sociedad estadounidense y que confluyen en un proceso de mercantilización de la vida íntima.

Respecto a la cultura emocional, la conclusión extraída del análisis de los discursos de los libros de autoayuda más vendidos en Estados Unidos entre 1970 y 1990 es que asistimos a un “enfriamiento cultural” (p. 28). El espíritu mercantil de la vida íntima, que tiene como precondiciones el ensanchamiento de un vacío en torno al cuidado, la fragilidad de los sistemas informales de cuidado familiar y el abandono de los compromisos públicos, se pone de manifiesto en los consejos de “inversión emocional” (ibidem) que asesoran respecto a cómo, cuándo y en quién invertir atención. Se ha pasado de una perspectiva tradicional que recomienda la inversión del trabajo emocional en la familia a una perspectiva moderna que sugiere invertir en el yo como empresa individual. Esta tendencia forma parte de la paradoja que caracteriza al amor en la actual cultura de las emociones: si bien los motivos económicos son ahora menos importantes que los emocionales para establecer vínculos afectivos y se ha extendido la libertad para amar a quien se desee, al mismo tiempo aumenta la incertidumbre respecto a la perdurabilidad del amor. Así es que se instrumentaliza la idea del amor y se instala el paradigma de la desconfianza y la pre-

caución adaptado a un *yo restringido* que maneja las emociones limitando sus necesidades afectivas. Si al manejar el sentimiento lo creamos, la cultura emocional del capitalismo se adentra en nuestro ser, configurando las maneras de ver las relaciones, definir la experiencia y manejar el sentimiento.

¿Qué implicaciones tiene esto para la cultura familiar (estadounidense)? Frente al supuesto de que familia y mercado pertenecen a esferas diferentes, la frontera de la mercancía avanza de forma tal que incide en la vida de los hogares: se expande por el lado de la empresa (como unidad de producción de bienes y servicios) y retrocede en el lado de la familia (como unidad de consumo). Se pasa así de la *familia artesanal* que produce cuidados, a la *familia postindustrial* que los consume, proceso que supone que los elementos de la vida íntima y doméstica devienen objetos de compra-venta. La mercancía gana terreno y el sistema capitalista penetra en el mundo de los deseos privados. El capitalismo ya no compite sólo consigo mismo, sino también con el sistema de símbolos y rituales que mantenía al hogar y a la comunidad en un lugar sagrado.

Para Hochschild el ideal de familia se ha separado de la práctica. Ello se pone de manifiesto en los usos del tiempo, que evidencian una menor dedicación a los rituales colectivos de la vida familiar frente a un aumento del tiempo de trabajo. El capitalismo, como sistema económico, cultural y religioso, “llama al sacrificio a través de prolongados horarios de trabajo y ofrece bendiciones en forma de mercancías” (p. 212). De esta manera se establece una concepción rival del tiempo que requiere manejar los sentimientos y las emociones,

desarrollando un ideal hipotético de familia alejado de la experiencia cotidiana, transfiriendo la eficiencia del lugar de trabajo a la casa y donde el equilibrio entre trabajo y familia no es más que un deseo poco vinculado con la vida real. Se instaura así un “modelo cultural de mundos invertidos” (p. 286), donde la vida familiar se asemeja cada vez más al trabajo y el trabajo se asemeja cada vez más al hogar³. Ante el contexto de aceleración es necesario administrar, invertir o ahorrar tiempo con el propósito de aprovecharlo. Así, la familia y el trabajo se vinculan con ámbitos que les dan respaldo. Pero al tiempo que la familia se *privatiza* y se debilitan los lazos que la unen a la comunidad, el trabajo se *socializa* y se apoya en el desarrollo de nuevas ciudades corporativas que cristalizan en una nueva cultura laboral. Satisfacen todas las necesidades, incluso la cuota de vida cívica que ha decaído en la sociedad estadounidense. Sin embargo, mientras las empresas brindan este tipo de beneficios a una elite cualificada, otras empresas ofrecen precariedad a trabajadores semicualificados y no cualificados. Según Hochschild:

Todos los modelos de vida laboral y familiar parecen estar en alguna etapa del plan de vuelo del capitalismo tardío, pues la competencia capitalista no se limita a la mera expansión global del mercado, sino que también incluye las geografías locales de la emoción (p. 306).

También la cultura política mantiene una relación directa con los ideales de cuidado. Distintos modelos del cuidado, que definen cómo cuidar, quién y cuánto, forman parte del debate en Estados Unidos, donde la política pública de las últimas décadas ha optado por reducir el déficit financiero a costa de aumentar el déficit de cuidados. Ello a pesar del incremento de la demanda en los últimos cuarenta años, en una sociedad donde aumenta la desigualdad y algunos cambios en las estructuras familiares y laborales afectan a gran parte de la población dependiente. La estrategia política para reducir la brecha entre la oferta y demanda de cuidados ha sido a su vez una estrategia cultural: privatizar la idea del cuidado. Pero mientras los conservadores proponen recurrir a la esfera privada para solventar el problema, en este espacio se produce una merma de recursos y personas que pueden brindar ayuda.

El debate se mueve entre cuatro modelos culturales del cuidado: el modelo tradicional insta a un repliegue de las mujeres a la casa al que Hochschild no duda que opondrán resistencia; el modelo posmoderno maneja nociones de cuidado restringido y legitima el déficit del cuidado minimizando las necesidades emocionales, reprimiendo el deseo de cuidar/ser cuidado; el modelo moderno-frío propone institucionalizar todas las formas de cuidado proporcionando medios prácticos, eficientes y racionales externos al núcleo familiar; por último, el modelo moderno-cálido

³ El desequilibrio abarca mundos sociales enteros y son diversos los factores que confluyen en la actual aceleración de la vida laboral y familiar: cada vez más mujeres trabajan fuera del hogar, los horarios laborales son más prolongados que hace una década, los empleos carecen de flexibilidad, y por último, el modelo laboral responde a criterios característicos de la carrera tradicional masculina.

recurre a las instituciones pero sin delegar completamente en ellas, y apuesta por que hombres y mujeres por igual compartan el resto de tareas, al tiempo que se reconoce la importancia de los cuidados, sin reducir las necesidades emocionales.

Hochschild se centra en las propuestas del último modelo, que aboga por una serie de cambios básicos en la cultura masculina, la estructura laboral y las políticas públicas. Para ella son principalmente las familias (en su diversidad) y especialmente las mujeres las que se encuentran atrapadas en el punto muerto de una revolución de género:

Se trata de una revolución, porque en dos décadas las mujeres han salido de su casa para ingresar masivamente en el mundo del trabajo. Está en un punto muerto porque las mujeres han experimentado dicho cambio en el marco de una cultura que no ha renovado su noción de virilidad a fin de facilitar la participación de los hombres en las tareas hogareñas ni ha reestructurado el ámbito laboral a fin de permitir más control del trabajo por parte de los trabajadores y una mayor flexibilidad (pp. 314-315).

Hochschild analiza principalmente la incidencia de la mercantilización de la vida íntima en la sociedad estadounidense, pero su trabajo puede aportar claves para el contexto europeo. Así, por ejemplo, existen similitudes en la cultura emocional

y laboral, pero cabe destacar también algunos matices en relación a la cultura política. Frente a las medidas que agudizan el déficit del cuidado en Estados Unidos, la autora atiende a los modelos de corresponsabilidad social promovidos por la Unión Europea y a las políticas implementadas por algunos países nórdicos. Respecto al caso español, cabría reflexionar sobre la incidencia de las iniciativas legislativas de la última década que pretenden favorecer el equilibrio de la vida laboral y familiar, reconocer diversos tipos de familia y resolver las necesidades de la población dependiente. Ante este escenario ¿qué nuevas interrelaciones son posibles entre la cultura política y la cultura emocional? Si superar el déficit del cuidado en Estados Unidos y desarrollar un modelo de cuidado moderno-cálido implica enfrentarse, en parte, a una sociedad con “fatiga de solidaridad” (p. 313), ¿qué retos deben enfrentar las sociedades europeas para mantener o desarrollar esos modelos?

El libro aborda una importante amplitud de temáticas que ni mucho menos agotan la diversidad de las experiencias de mujeres y hombres. Sin embargo, Hochschild procura que las ideas que plantea sean de utilidad para futuros trabajos que exploren dicha diversidad, a la vez que arrojen luz sobre la tarea cotidiana de cuidar(nos) en el contexto del capitalismo global.

LAURA CASSAIN